



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México  
México

A Gerardo Rodríguez Casas, mi amigo  
Contribuciones desde Coatepec, núm. 4, enero-junio, 2003, p. 0  
Universidad Autónoma del Estado de México  
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100412>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# A Gerardo Rodríguez Casas, mi amigo

MIJAIL MALISHEV

La vivencia de la muerte del otro se experimenta como algo irreparable cuando quien muere es un ser partícipe de nuestra vida. Su partida al *otro mundo* es percibida como un empobrecimiento de nuestra vida, como pérdida de una parte de nosotros mismos. Probablemente por eso la muerte nos provoca una sensación de algo *antinatural* e incomprensible, que engendra congoja y angustia. La fuente de tristeza, por natural e inevitable que resulte la muerte del amigo o el compañero cercano, radica en la comprensión de la igualdad ineluctable ante la muerte, no seremos diferentes de la persona que se fue. Desde luego, la costumbre y el sentido común alimentan justificaciones oportunas: coincidencia fatal de circunstancias, edad avanzada, enfermedad incurable. Todos estos argumentos vitales tienden a persuadirnos de la inminencia del fin de nuestro ser querido y, sin embargo, sin embargo... —y en esto consiste el carácter paradójico de nuestras vivencias— estas razones, por contundentes que puedan ser, no son capaces de eliminar de nuestra alma el sentimiento tenaz de que esa muerte es algo ajeno y pérfido. Aunque a veces la muerte sea esperada, al llegar, se vivencia como una pérdida abrumadora y casi siempre inoportuna. Un hombre prudente podría prepararse a la llegada de su muerte. Pero a pesar de esta preparación, la muerte, al presentarse, se presenta siempre por primera vez y lo encontrará desprevenido. Triste verdad: así como vinimos al mundo sin que nos pidieran permiso, nos iremos de él sin dar nuestro consentimiento.

La muerte de mi amigo Gerardo Armando Rodríguez Casas me ha hecho reflexionar en todo esto. Nuestro compañerismo convertido en amistad se inició hace nueve años, cuando empecé a dar clase en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Recuerdo muchos episodios de nuestros encuentros en los que discutíamos sobre las tesis de nuestros alumnos, el trabajo común que realizábamos en relación con el plan de estudios de la carrera de Filosofía, pláticas en torno a los materiales para las revistas *Pensamiento* y *Contribuciones desde Coatepec*, que en diferentes tiempos dirigió. También participé en alguna presentación de sus libros así como, junto a él, en diferentes foros y congresos.

Se grabó en mi memoria la imagen del profesor Gerardo como hombre serio, sólido en sus ideas y convicciones, cuyos juicios siempre fueron sopesados, maduros y bien reflexionados. Para mí, trabajar y colaborar con él era fácil, ya que Gerardo no era dogmático, poseía gran capacidad integrativa: podía reunir muchas ideas y propuestas

en un marco común teórico. En este sentido me parece que su carácter se hallaba en plena correspondencia con el tema de su investigación: *epistemología integral*. Me gustaba escuchar sus réplicas e intervenciones, que siempre me parecían tan bien meditadas, coherentes, argumentadas y lógicamente estructuradas. Seguramente esto lo percibían sus alumnos, tesisistas y colegas, por lo que también fue apreciado y respetado. Recuerdo que hace como siete años nos encontramos en la terminal de autobuses de Toluca y le pregunté “¿a dónde va usted, maestro Gerardo?”, y me respondió: “a la Universidad Iberoamericana a presentar mi tesis de doctorado”, y me mostró seis volúmenes de su tesis cada uno de los cuales contenía exactamente 300 páginas. Me quedé sorprendido, y le pregunté: “¿hace cuánto tiempo trabajaba sobre su tesis?”; me contestó: “más de 10 años”. Le dije que su tesis superaba en tres o cuatro veces las normas establecidas para un trabajo de ese tipo. Esta solidez, firmeza y seriedad lo caracterizaban como ser humano, filósofo, investigador y pedagogo.

Otros recuerdos están vinculados con sus últimos días. Como se sabe, el doctor Gerardo padecía de desprendimiento de retina; lo operaron cuatro veces sin resultado positivo y después resultó que tenía una infección en los pulmones. Él andaba muy débil, pálido, cuidando sus ojos, sin sospechar de la otra enfermedad más grave y pérfida que, finalmente, lo llevó a la sepultura. Estuvo en mi casa, en el Distrito Federal, para su convalecencia y para ir al oftalmólogo (acompañado por el maestro Pedro Canales), ya que el viaje a Toluca le hubiera podido causar nuevamente el desprendimiento de la retina. Fueron días difíciles en que estuvo permanentemente acompañado de su hijo; al yo regresar al Distrito Federal lo visitaba. Conversábamos mucho y, a pesar de su estado de salud, a él le preocupaban los exámenes de sus alumnos de licenciatura. Su hijo y yo le leímos los textos de sus estudiantes, y él los calificó. En esos momentos nadie sospechaba que le quedaban sólo algunos días de vida. Mi esposa, Manola Sepúlveda, y yo tratábamos de animarlo: Manola le decía “profesor Gerardo, cuando usted supere esta enfermedad y recobre su salud haremos una fiesta y vamos a bailar, ¿qué le parece un pasodoble o un vals? Esto será dentro de dos meses, estoy segura”. Él sonreía tímidamente, soñando salir de ese atolladero, aspirando a trabajar, realizar sus planes, producir nuevos libros y artículos, asesorar a sus tesisistas, cuidar a su familia, disfrutar de la vida..., pero el destino quiso que las cosas fueran de otro modo.

En los días en que Manola y yo convivimos con el profesor Gerardo tuvimos ocasión de conocer a su esposa Maricela y a sus dos hijos: Chelita y Ferry, quienes, sin duda, eran su principal tesoro, objeto de orgullo. Compartimos opinión: en los tres se refleja marcadamente el espíritu de nuestro amigo.

La muerte de Gerardo nos arrojó a la aflicción. Imaginariamente, nos colocamos en su lugar y pensamos que ninguna expresión de amor, ninguna muestra de simpatía, podrán confortarlo, a excepción, quizá, del reconocimiento que hacemos de su valía como hombre, como intelectual, como amigo, como padre de familia, como esposo: expresar y conservar este reconocimiento en nuestra memoria, en la memoria colectiva de sus parientes, esposa, hijos, amigos, alumnos, compañeros, todos quienes lo conocimos. Queremos ver en el reconocimiento póstumo el remedio para *salvarlo* del olvido. Queremos salvar y conservar a nuestro amigo Gerardo en la memoria... por lo menos en nuestra memoria.